
Los poetas heterónimos y el neopaganismo portugués de Fernando Pessoa

El día 13 de enero de 1935, Fernando Pessoa escribió a Adolfo Casais Monteiro una carta en la que le confesaba: «El origen de mis heterónimos es el profundo rasgo de histeria que hay en mí.» El hecho de que fuese escrito unos meses antes de la muerte del poeta, acaecida el 30 de noviembre de aquel mismo año, otorgó a este documento una autoridad tan grande que ha inducido a muchos lectores a dar por, definitivamente, resuelto el apasionante problema de la heteronimia pessoana. Porque sucede, además, que en esta misma carta, su autor cuenta que tuvo desde niño la tendencia a crear en torno a sí un mundo ficticio, a rodearse de amigos y conocidos que nunca existieron. «No sé, bien miradas las cosas —añade— si en realidad no existieron, o si soy yo quien no existió. En estas cosas, como en todas, no debemos ser dogmáticos.»

Es difícil dudar de la sinceridad de estas declaraciones, puesto que el 10 de junio de 1919 Pessoa había escrito, desde Lisboa, una carta en francés a los psiquiatras Héctor y Henri Durville, dirigida a su despacho de la rue Saint-Merri, de París, en la que les pedía orientaciones para desarrollar su magnetismo personal, y les informaba: «Au point de vue psychiatrique, je suis un hystéro-neurasthénique, mais, heureusement, ma neuropsychose est assez faible; l'élément neurasténique domine l'élément hystérique, et cela fait que je n'aie pas de traits hystériques extérieurs —aucun besoin du mensonge, aucune instabilité morbide dans les rapports avec les autres, etc.»

Que la histeroneurastenia de que Pessoa se creía víctima pudiese o no inducirle al «fenómeno curioso del desdoblamiento» sobre el que llamó la atención a Mário Beirão en una carta del 1 de febrero de 1913, con la que le enviaba un soneto escrito bajo dicho estado, es una cuestión cuya respuesta compete a los especialistas en la materia. Ahora bien, suponiendo que así fuese, del examen sistemático de los escritos de Pessoa aparecidos hasta el momento no puede deducirse que su conocida, discutida y celebrada heteronimia no sea más que un intento terapéutico llevado a cabo por el poeta para conseguir un equilibrio psíquico que, en más de una ocasión, sintió que se estaba tambaleando, y que le indujo a escribir, probablemente en 1916, que «no hay más criterio de verdad que el no estar de acuerdo consigo mismo».

Habrà, pues, que tomar las cosas desde el principio para tratar de comprender cuál fue el verdadero objeto del lento y gradual proceso de desdoblamiento de la personalidad que desembocó en la creación de la heteronimia pessoana. Uno de los textos más bellos e inquietantes de la primera fase de la redacción del *Livro do Desassossego*, titulado «Na Floresta do Alheamento», y aparecido el año 1913 en la revista *A Águia*, tienen por líricos y decadentes protagonistas al propio poeta y a un

misterioso y evasivo ser que termina por revelarse como el complemento femenino del alma viril de aquél. Un par de años después, es el mismo Pessoa quien escribe: «No encuentro dificultad en definirme: soy un temperamento femenino con una inteligencia masculina.» Dejando aparte las sugerencias esotéricas de ambos textos, y especialmente del primero —pues es bien sabido que Pessoa era, cuando menos, un erudito en materia de ocultismo—, creo que hay que admitir que el desdoblamiento pasivo de «Na Floresta do Alheamento» —pasivo porque la amada no se expresa con *su propia* escritura— es un precedente del desdoblamiento activo en que los heterónimos tendrán, desde el momento de su concepción, no sólo una personalidad muy definida sino también una voz poética propia.

Pero antes de referirme a ellos en particular, y antes también de tratar de definir lo que indujo al poeta a crearlos, debo llamar la atención sobre el hecho de que uno de ellos, Alvaro de Campos, heredó de Pessoa una tendencia al desdoblamiento de su personalidad que se manifiesta claramente en la «Ode Marítima», aparecida en el número 2 de la revista *Orpheu* del segundo trimestre de 1915. En este poema, el ingeniero Alvaro de Campos imagina morbosamente verse convertido en pirata y, en seguida, en mujer violada por los piratas, entre otras metamorfosis, tanto masculinas como femeninas. Que entre estos desdoblamientos y el de la casta amada de «Na Floresta do Alheamento» hay una evidente relación es algo en lo que no voy a insistir; sí creo, en cambio, cuando menos curioso que si Pessoa no llegó a desdoblarse en ningún heterónimo femenino, logró convencer de que lo hiciese al poeta Armando Côrtes-Rodrigues, el cual publicó, en aquel mismo número de *Orpheu*, unos poemas firmados por «un anónimo o anónima que dice llamarse Violante de Cysneiros».

Pessoa, por su parte, se desdobló, como es bien sabido, en una serie de personajes, los más importantes de los cuales son los poetas Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Alvaro de Campos. Y es, precisamente, el pensamiento de estos heterónimos el que justifica a mi entender —y sin negar los demás motivos posibles de la creación heteronímica— esta extraordinaria y fecunda aventura pessona, o más bien este episodio, el más largo de todos, de su singularísima trayectoria poética, la cual comienza con la discutida profecía del Supra-Camoens.

En una serie de tres ensayos publicados el año 1912 en la revista *A Águia*, el joven Pessoa profetizó la próxima aparición en Portugal de su mayor poeta de todos los tiempos, es decir, de un Supra-Camoens, merced a cuya obra «el alma portuguesa alcanzaría en poesía el grado correspondiente a la altura a que en filosofía ya estaba elevada». Parece indudable que la filosofía a que se refería Pessoa era la del *saudosismo* de Teixeira de Pascoaes, de carácter místicamente nacionalista y de tendencia pacifista y cultural, que inspiró el movimiento literario llamado Renascença Portuguesa. A esta corriente ideológica era paralela, según Pessoa, una poesía cuyo aspecto más notable y novedoso consistía en «encontrar en todo un más allá», lo que parece definirla como esencialmente religiosa. Pero lo que más nos importa de aquella poesía es que la suya era una religiosidad nueva, puesto que se encontraba «en pleno transcendentalismo panteísta». Pessoa quiso dar un paso más y, aquel mismo año 1912, trató de escribir unos poemas de «índole pagana» y, aunque «abandonó el asunto», confiesa en la citada carta a Casais Monteiro: «Se esbozó en mí, sin embargo, en una penumbra mal urdida,

un vago retrato de la persona que estaba haciendo aquello. (Había nacido, sin que yo lo supiese, Ricardo Reis.)» Vemos, pues, que desde su prehistoria, los heterónimos están íntimamente relacionados —y ello me parece fundamental— con la idea del paganismo.

El 8 de marzo de 1914, Pessoa escribió sin detenerse treinta y tantos poemas que, en seguida, se le aparecieron como obras de Alberto Caeiro —el primero de los heterónimos— y que, aquel mismo día, influyeron en él haciéndole escribir su conocido poema «Chuva Oblíqua». Esta confidencia de nuestro poeta, unida al hecho de que asegurase más tarde que Caeiro era el maestro no sólo de los heterónimos Campos y Reis, sino también el suyo propio, justifica la tesis de Jorge de Sena según la cual y desde el punto de vista de la lectura de toda su obra, Pessoa pasó a convertirse, a pesar de conservar su nombre, en un poeta de igual naturaleza literaria que sus heterónimos.

Los otros dos personajes principales nacieron el mismo año que Caeiro. El primer poema de Alvaro de Campos, titulado «Opiário», fue escrito en aquel mismo mes de marzo, mientras la primera oda de Ricardo Reis lleva fecha del 12 de junio. No deja de ser interesante que Reis, el primero de los heterónimos presentado por Pessoa, fuese el último en escribir —si se me permite aceptar el juego de su creador— su primer poema. Creo que ello se debe a que el esfuerzo de despersonalización fue, en este caso, el más arduo, puesto que, según confesó más tarde, Reis era el poeta que él mismo habría querido ser.

Antes de abordar el tema de la personalidad poética de cada uno de los grandes heterónimos, la cual debe deducirse de la totalidad de la obra que les fue atribuida por su creador, parece oportuno referirse a sus especulaciones sobre la poesía sensacionista, de la que consideró precursor y maestro a Caeiro, y a cuyos postulados obedecía la escritura de los demás heterónimos. Los escritos pessoanos sobre el sensacionismo son de los años 1914-1916, y no deja de tener importancia que los primeros que escribió nuestro poeta sobre el paganismo portugués sean del año siguiente. Escribió Pessoa que «la religión sensacionista es el paganismo». El poeta tenía el proyecto de dar a conocer las obras sensacionistas en portugués y traducidas al inglés, pero todo quedó en proyecto, como sucedió con tantas cosas a lo largo de su vida, y el próximo de ellos, también fallido, sería la publicación, bajo el título general de *Neopaganismo Português*, de las obras de Caeiro y Reis, y de los libros del prosista heterónimo António Mora *O Regresso dos Deuses* y *Os Fundamentos do Paganismo*. Para uno y otro, así como para el prólogo de Reis a los versos de Caeiro, escribió una serie de notas que definen perfectamente lo que según Pessoa era el neopaganismo portugués.

De acuerdo con dichas notas, el neopaganismo debe reaccionar contra el materialismo, que «representa una sensibilidad mínima ante el Universo, un concepto estético reducido, porque no vive la vida de las cosas en un grado superior». No procurará, sin embargo, reducir a una metafísica sus ideas filosóficas porque «admite todas las metafísicas como aceptables, exactamente como el pagano aceptaba a todos los dioses en la amplia capacidad de su panteón», y porque lo que el neopagano pretende es realizar poéticamente su sentimiento de la Naturaleza y «según la intensidad de este

sentimiento, una u otra debe ser la metafísica en que se funde. Ciertas horas de la Naturaleza piden una metafísica distinta de la que exigen otras». Ello justifica el que cada uno de los grandes heterónimos profese una fe pagana distinta de las de los demás, si bien íntimamente relacionada con ellas. Pessoa no sólo caracteriza estas distintas creencias en los textos poéticos de cada heterónimo, sino que también las discute teóricamente en sus notas en prosa. Al hacerlo, lleva a cabo un proceso de despersonalización, apoyado por la imaginación y la inteligencia, que le permiten crear personajes que «no piensen como él» pero que, a ejemplo de la escritura dramática, se expresen con absoluta sinceridad. De ahí el título de *drama em gente* con que nombró al conjunto de su poesía heterónima.

El fundador de esta «escuela pagana», como le gustaba decir a Pessoa, fue Alberto Caeiro, de cuyo libro escribió Ricardo Reis que «tiene toda la simplicidad, toda la grandeza, toda la pasión de las cosas que tenían los antiguos; pero, escrito ya en oposición a los tiempos que lo vieron nacer, nos da como un bálsamo lo que en otros era tan sólo frescura». La obra de Caeiro justifica el que Pessoa la calificase de sensacionista, porque se atiene al testimonio de los sentidos y evita todas las especulaciones y cualquier clase de abstracción. «Porque o único sentido das coisas», como escribió el propio Caeiro, «é elas não terem sentido oculto nenhum». Se trata, pues, de un paganismo anterior a la concepción filosófica de los dioses, los cuales, sin embargo, se insinúan, aunque sólo conjeturalmente, como principios animadores de las cosas.

Ricardo Reis cree, en cambio, en «la realidad exterior y absoluta de los Dioses antiguos», pero confiesa que sólo ha podido concebir esta creencia gracias a la poesía de Caeiro. La suya es, tal vez, la más noble y elevada de cuantas escribió Pessoa, y no resulta difícil rastrear en ella una dependencia, nunca servil, de Horacio. El paganismo de Reis es el del clasicismo grecorromano, y ello, como en seguida se verá, no deja de tener su importancia en el equilibrado sistema de la heteronimia.

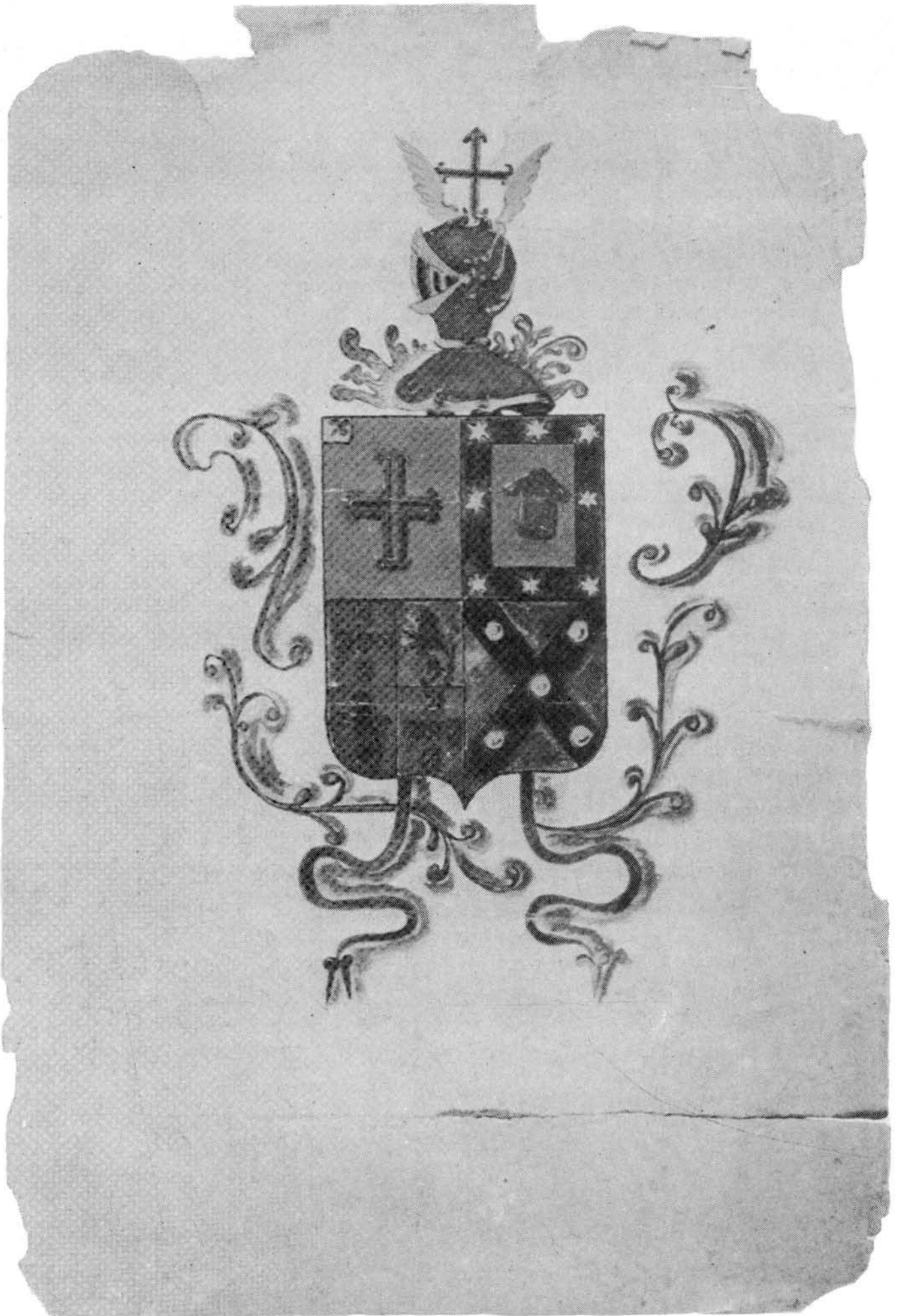
Tanto si admitimos que el Pessoa discípulo de Caeiro es un heterónimo, como si no estamos dispuestos a concederlo, no cabe duda de que las poesías firmadas por él forman un todo armónico con las de los tres heterónimos principales, y esto es lo que, de momento, nos importa. «Soy un pagano decadente —escribe este personaje del drama— del tiempo del otoño de la belleza» y, casi a renglón seguido, dice que el suyo es «el paganismo sincrético de Juliano el Apóstata». Quien trata de aclarar el sentido de estas palabras es Ricardo Reis, cuando escribe que «aquel emperador quiso, en realidad, restablecer el paganismo en una época —¡ay de él!— en que el sentimiento del paganismo ya no existía, sino tan sólo un culto de los dioses en que la esencia de la superstición era más aquella que había de ser típica del cristianismo que la de una especie cualquiera de *genus* pagano». Esta declaración pone de manifiesto, por un lado, el cristianismo *malgré lui* que impregna a algunas de las ideas poéticas de Pessoa y, de otra parte, su conciencia de estar tratando de restablecer el paganismo en una época no propicia para tal empresa.

Tres etapas de la historia del paganismo, tal como la concebía Pessoa, es decir, la protohistoria, la grecorromana y la sincrética de finales de la época clásica, están representadas por los versos atribuidos, respectivamente, a Caeiro, Reis y Pessoa *ele*

mesmo. Alvaro de Campos, el menos definido aparentemente es, sin embargo, el más caracterizado de los discípulos sensacionistas y puesto que, según Pessoa, «el sensacionismo es la actitud estética en todo su esplendor pagano», no nos cabe dudar de su paganismo. Pero, ¿qué clase de paganismo es el suyo? De la lectura de sus poemas —y muy particularmente del titulado «Magnificat»— se deduce que Campos cree en la reencarnación y en la fuerza generadora de las ideas, o modelos inmateriales del mundo de la materia, que pueden ser referidas a la tradición platónica, pero también y, por ello, a la hermética. Esto es lo que acerca a Alvaro de Campos a la teosofía, sistema de creencias tan importante para algunos de los poetas de su tiempo y doctrina sincrética en la que perviven muchos rasgos del más intelectual de los paganismos antiguos. De esta manera, Campos completa y actualiza la trayectoria del paganismo iniciada por Caeiro y continuada por Reis y por Pessoa *ele mesmo*.

Parece, pues, que para leer y tratar de interpretar la obra de Fernando Pessoa tal y como él quería que fuese leída e interpretada, es preciso tener muy en cuenta, no sólo la seriedad y la sinceridad de la heteronimia —cuestionadas por algunos de sus críticos—, sino también los matices y variantes de la religiosidad pagana de los personajes del *drama en gente*, hechuras, todos ellos, de un poeta que, al anunciar el advenimiento del Supra-Camoens, se estaba anunciando a sí mismo, y que fue capaz de desdoblarse en una serie de heterónimos de personalidad y estilo tan definidos que su existencia real, si no la física, es casi imposible ponerla en duda.

ANGEL CRESPO
Po Box 5330-College Station.
PUERTO RICO 00709



Blasón familiar de los Pessoa, pintado por el poeta